



Fondo
Editorial
UCSS

HUMANIDADES Y ESPERANZA

MARIO ARROYO MARTÍNEZ FABRE

SUPLEMENTOS ACADÉMICOS
DEL FONDO EDITORIAL UCSS
ISSN 2518-4962

AÑO 3, NÚMERO 7, JUNIO, 2018



Suplementos Académicos del Fondo Editorial UCSS

Año 3, número 7, junio, 2018

© 2018, Fondo Editorial UCSS

© Mario Arroyo Martínez Fabre

ISSN: 2518-4962

Diseño y diagramación: Manuel Vejarano Ingar

UNIVERSIDAD CATÓLICA SEDES SAPIENTIAE

Esq. Constelaciones y Sol de Oro s.n. Urb. Sol de oro. Los Olivos, Lima, Perú

Teléfonos: 51-1 553-5744 / 533-6234 / 533-0008 anexo: 241

Correo electrónico: feditorial@ucss.edu.pe

Enlace: <http://www.ucss.edu.pe/fondo-editorial/suplementos-academicos.html>

Fan Page: <https://www.facebook.com/fondoeditorialucss/>

Por Mario Arroyo Martínez Fabre*

1. Introducción

El presente texto busca resaltar la manera en que se establece un nexo íntimo entre el cultivo de las humanidades y el desarrollo de la esperanza; primero en los individuos concretos y, más tarde (como correlato necesario), en la sociedad entera. De esta forma, se postulará que las humanidades vienen a ser causa necesaria, no suficiente, de una sociedad esperanzada.

Ahora bien, es necesario hacer algunas precisiones. En primer lugar, subrayar que no bastan las humanidades. Tampoco son una condición indispensable, pero sí resultan convenientes para el desarrollo de actitudes esperanzadas. Así, pueden existir —y de hecho, existen—, personas que sin fomentar la cultura están cargadas de esperanza, así como otros que, haciendo alardes de erudición, carecen de ella. No es ningún secreto el carácter melancólico o desencantado de bastantes intelectuales. Pero, por contrapartida, la ausencia de humanidades en la cultura contribuye directamente a la desesperanza, pues se estrechan los horizontes de la existencia humana.

Cuando esto sucede (relegar las humanidades), el resultado es considerar como irreal o ingenuo cualquier atisbo auténticamente esperanzador. En efecto, el hombre no puede ya esperar nada de nadie, se autorredime a sí mismo. Está solo en el universo contando exclusivamente con sus fuerzas limitadas. La salvación deja de ser una categoría relevante o, a la más, es fruto de su exclusivo esfuerzo. La ciencia y la técnica se convierten en los sucedáneos de la salvación mientras el horizonte humano se vuelve radicalmente inmanente o angustiosamente estrecho, como se quiera ver, pues se reduce por decreto a lo tangible y no ofrece ninguna luz sobre lo que ocurre después de esta vida. Es dramáticamente limitado en el tiempo.

2. Desafíos actuales de las humanidades

Las humanidades, al abrir la puerta a otras dimensiones de la realidad, amplían el horizonte existencial humano. En la cultura actual enfrentan, sin embargo, dos graves dificultades. La primera consiste en infravalorarlas por no considerarlas útiles o prácticas; la segunda, en tergiversarlas, en subvertir su contenido, manteniendo el nombre, pero cambiando su esencia. Se trata de una traición semántica o un plagio, que transmuta el contenido de la palabra “humanismo” por otra realidad que, a la postre, resulta inhumana. Es decir, el relegar las humanidades por dar prioridad a otras formas de conocimiento y el

* **Mario Arroyo Martínez Fabre** es licenciado en Filosofía por la Universidad Panamericana, bachiller en Teología por la Pontificia Universidad de la Santa Cruz y doctor en Filosofía por la misma universidad. Ordenado sacerdote en Torreciudad, España, en el 2002, ha desempeñado su ministerio sacerdotal en España, México, Perú y Ecuador. Actualmente, es capellán de la Universidad de Piura (Campus Lima). Colabora habitualmente con algunos periódicos mexicanos como *Expreso* o *Mural*. Antes hizo lo mismo con otros diarios del mismo país y algunos de Estados Unidos, como *El Imparcial*, *Diario Binacional*, *Diario Latino*, entre otros. También, escribe habitualmente en el portal *Yo Influjo* de México, y anteriormente en *Church Forum* y *El Rayo de Sonora*. Participó regularmente en un programa de Radio Vital, de Guadalajara, México, sobre diálogo interreligioso. En el Perú, sus artículos han sido publicados a través de los portales *Lucidez*, *Crónica Viva* y *La abeja*. De igual manera, publicó el libro *Poder, dinero y santidad. Una aproximación desde la Doctrina Social de la Iglesia* (Lima, 2012) y es coautor del libro *Dios busca al hombre* (Lima, 2013). Ha publicado también *Ciencia y fe: ¿un equilibrio posible?* (Lima: Fondo Editorial UCSS, 2015), *Ciencia y Fe. Situación actual* (Lima, 2016) y *La Iglesia y los homosexuales. Un falso conflicto* (Lima, 2017).

cambiar el contenido de la palabra “humanismo” por otra de marcados e inconfesados tintes ideológicos, constituyen las dos formas de perversión o marginación que enfrentan las humanidades en la civilización contemporánea.

¿Por qué son tan convenientes las humanidades para despertar la esperanza? Porque son la manifestación tangible de que el hombre no es solo biología, no es solo materia. Es biología, es materia, pero es algo más. Trasciende lo concreto. Las humanidades son la materialización de esa espiritualidad, de esa dimensión del “además” que anida en lo más profundo del hombre e irrumpe en el mundo a través de ellas.

Culturalmente tenemos la necesidad de “rescatar la esperanza”. En efecto, existe un estudiado empeño por clausurar o empujear el horizonte de la existencia humana, limitándolo exclusivamente a lo material, hasta el punto de recluir allí a la humanidad despojándola de la auténtica esperanza. En ese caso, la finitud temporal sería insuperable, así como la fortuna que le tocará a cada quien vivir. Nada ni nadie respondería por las injusticias y los abusos de los siglos, la existencia sería trágica: “Un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza. Nadie ni nada responde del sufrimiento de los siglos” (Benedicto XVI, 2007, n. 42).

Por otra parte, cuando se supervalora la dimensión técnica de la existencia, se convierte al hombre en una pieza de la inmensa e impersonal maquinaria de producción, que es en lo que se transforma una sociedad sometida a criterios prácticos, utilitaristas, de eficacia cerrada a la cultura. Lo describió de modo artístico, si bien con otra matriz e intenciones, Pink Floyd en su inmortal balada “Another Brick in the Wall”. Solo seríamos “otro ladrillo en la pared” u “otra tuerca en el inmenso engranaje impersonal de producción que es la sociedad”. El resultado son hombres más eficaces pero que se cuestionan menos; trabajan más, lo hacen mejor quizá, pero piensan menos; no desarrollan su sentido crítico, solo el práctico. Son más eficaces, pero también más domesticables, manipulables, utilizables..., y también sustituibles e intercambiables por otros. Cuando la sociedad privilegia el estudio de las matemáticas y de las ciencias prácticas o las ciencias duras en detrimento de la cultura, está direccionada en ese sentido.

3. El desafío de humanismo secular

Pero para rescatar el humanismo no basta condenar el cultivo exclusivo de saberes pragmáticos. Es necesario también denunciar del “pseudo-humanismo” ateo y materialista, muy en boga actualmente. Esta particular interpretación del humanismo se aprovechó de diversas crisis políticas y culturales del siglo XX para ofrecer, como si fuera la única medicina posible, su particular ideología. El antídoto contra nazismo, fascismo y comunismo, sería entonces el “pseudo-humanismo” ateo y materialista.

Dicha postura tiene su “Carta Magna” o texto referencial en el *Manifiesto Humanista* de 1973, marcadamente antirreligioso, a diferencia de su precedente de 1930, que dejaba un cierto espacio a la religiosidad. Uno de sus autores principales es Paul Kurtz (Estados Unidos, 1925-2012), autor de “What Is Secular Humanism?”, y fundador del Consejo para el Humanismo Secular. El tono de su pensamiento es marcadamente antirreligioso y dogmático, más que ateo es *antiteísta*. El *Manifiesto humanista 2000* sigue esta línea, así como su carácter postulatorio, porque el ateísmo, más que una conclusión, se toma como punto de partida. También es proselitista, pues busca difundirse lo más ampliamente posible. De hecho, algunos de sus más radicales cultivadores propugnan por hacerlo obligatorio e imponer el ateísmo, ya que lo consideran como la única posición racional y atendible. Más que una imposición con tintes totalitarios por parte del Estado —siempre para estos pensadores— en realidad se trataría de una “obligación moral”, consecuencia del “pensamiento científico”.

En realidad, los padres no tendrían derecho de enseñar religión a sus hijos, como no tienen derecho de enseñarles odio o transmitirles alguna enfermedad. Para justificar tal atropello, arguyen que las doctrinas religiosas no están demostradas científicamente, ni pueden estarlo, siendo además causa de subdesarrollo, ignorancia, violencia y división en el seno de la sociedad. El grave equívoco es que se coloca a la religión, en forma inapelable, al mismo nivel de la enfermedad o el odio, o se extienden a todo fenómeno religioso las formas patológicas del mismo, como pueden ser la superstición, el fanatismo o el fundamentalismo. Tiene, además, una voluntaria ceguera para reconocer nada bueno que la religión haya podido aportar a la humanidad a lo largo de los siglos. Este “Humanismo” en realidad es un activismo “antiteísta” hábilmente disimulado.

Ahora bien, el humanismo antiteísta no es novedoso. En realidad, se trata de un pensamiento “reciclado”, pero la miopía ideológica de sus promotores no se los permite ver. La visión de la ciencia que promueven ya fue convenientemente desenmascarada durante el siglo XX a partir de la debacle del neopositivismo lógico. La crítica religiosa que hace es un refrito de las que ya se hacían desde el siglo XIX y que fueron agudamente denunciadas, por ejemplo, por Henri de Lubac en su clásica obra, *El drama del humanismo ateo*, o desmentida por la vía práctica en todos los intentos políticos que se hicieron, a lo largo del siglo XX, para establecer una sociedad sin Dios.

Incluso, el ateísmo de los siglos XIX y XX es más lúcido, más profundo, más coherente con los abisales resultados a los que conduce; es decir, a diferencia del “Nuevo Ateísmo”, no encubre su consecuente nihilismo. El “Nuevo Ateísmo” cuaja en los albores del siglo XXI y promueve como versión atractiva y propositiva al “humanismo secularista”, que ingenuamente no extrae todas las consecuencias de la negación de Dios, y mantiene, desvinculados de su raíz, una serie de principios morales, pastiche de cristianismo y utilitarismo, compatibles con la moda ética del momento.

Sin embargo, aunque no se quiera ver, la visión atea del mundo y la sociedad tiene consecuencias lógicas muy claras. La historia, además, ha validado este diagnóstico, por ello los “nuevos ateos” miran a otro lado, obvian o reinterpretan los terribles resultados del ateísmo político y postulatorio del siglo XX. Reescribir la historia es clave para conquistar una legitimidad de la que carecen. Los regímenes comunistas implantaron el ateísmo, mientras que el nazismo divinizó la raza sustituyendo así a Dios, cayendo de facto en una forma de ateísmo. No en vano, Henri de Lubac señaló en el prólogo de la obra apenas mencionada:

No es verdad que el hombre, aunque parezca decirlo algunas veces, no pueda organizar la tierra sin Dios. Lo cierto es que sin Dios no puede, a fin de cuentas, más que organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano. (2008, p. 11)

Tampoco escapa a la agudeza de este autor el origen más voluntario que intelectual de dicho movimiento. Se trata en realidad de una elección, de una toma de posición, de un postulado libremente abrazado, cuyas consecuencias van mucho más allá de lo que señala en sus principios: “El humanismo moderno se construye, pues, sobre un presentimiento y empieza por una elección (...) podemos llamarlo antiteísmo” (2008, p. 21). Con el pretexto de “afirmar” al hombre, en realidad está combatiendo a Dios.

Este ateísmo de Estado, implantado a través de las leyes e impuesto por la fuerza en las sociedades comunistas, encuentra en el “Nuevo Ateísmo”, o en su formulación eufemística de “Humanismo Secularista”, una forma de reciclarse acorde a la sensibilidad contemporánea. Excluye toda responsabilidad y connivencia con los ateísmos precedentes, ofreciendo lo mismo: una negación de Dios, que ya no es impuesta por la fuerza del Estado, sino por la presión de lo *políticamente correcto*.

Tal postura en el Perú está representada por la Sociedad Secular Humanista. Ricardo Morán, popular vector de estas ideas, explica el *humanismo secular* en el video “¿Cómo puedo ser feliz?”¹, de forma atractiva, divulgativa y accesible. Un elemento indispensable en el cóctel “humanista” que difunde es un ateísmo justificado, supuestamente, en la ciencia.

Este movimiento toma los nombres de “humanismo” o “naturalismo” exclusivamente por prescindir de la dimensión sobrenatural. Es “naturalismo” por rechazar lo sobrenatural y es “humanismo” por rechazar la existencia de Dios, que en apariencia sometería al hombre a diferentes vejaciones y servidumbres. La defensa de la dignidad humana, el reconocimiento del valor de lo específicamente humano, requeriría la supresión de Dios.

4. Límites del humanismo secular

Ahora bien, tal perspectiva adolece de una fuerte dosis de selectiva ignorancia histórica, pues deja de lado que en el seno de la tradición judeo-cristiana y grecorromana se fraguaron los conceptos de persona, libertad y la consiguiente dignidad. Particularísimamente, la noción de persona y la idea de libertad, así como la defensa del carácter único e insustituible del hombre, deben mucho a la visión cristiana de la existencia. Esta aseveración no es triunfalismo, puede observarse incluso en la actualidad, pues las culturas que no fueron suficientemente evangelizadas, experimentan una honda dificultad para integrar algunos derechos humanos en sus códigos culturales (piénsese, por ejemplo, en la igualdad de la mujer o en la perversión de la tortura como medio de impartir justicia que se experimentan dentro de las culturas islámicas; o en valorar insuficientemente al individuo frente al poder del Estado en la cultura china).

Pero a la larga este “humanismo” nos muestra su auténtica dimensión al desarrollar las necesarias consecuencias de sus arbitrarios postulados, los cuales terminan por ir contra el propio hombre y la humanidad. El resultante de tal postura es paradójico, pues produce un “humanismo inhumano”, o una “humanidad desencantada”, no en el sentido de que prescinda de “hadas” o de mitos, sino en el de estar avocada a las más sórdidas consecuencias de la materialidad y la animalidad humanas.

En efecto, si el hombre es solo naturaleza, solo materia, en realidad no es libre. Descubre, humillado, que no tiene libertad, sino que está sometido a onerosos determinismos materiales: inconscientes procesos neuronales, traumas anidados en el subconsciente, determinismos sociales, etcétera. Esto lo describió con total crudeza Sigmund Freud en sus *Lecciones introductorias al psicoanálisis*:

En el transcurso de los siglos ha infringido la ciencia a la naïve autoestima de los hombres dos graves mortificaciones. La primera fue cuando mostró que la Tierra, lejos de ser el centro del Universo, no constituía sino una parte insignificante del sistema cósmico, cuya magnitud apenas podemos representarnos. Este primer descubrimiento se enlaza para nosotros al nombre de Copérnico, aunque la ciencia alejandrina anunció ya antes algo muy semejante. La segunda mortificación fue infringida a la Humanidad por la investigación biológica, la cual ha reducido a su más mínima expresión las pretensiones del hombre de un puesto privilegiado en el orden de la creación, estableciendo su ascendencia zoológica y demostrando la indestructibilidad de su naturaleza animal. Esta última transmutación de valores ha sido llevada a cabo en nuestros días bajo la influencia de los trabajos de Charles Darwin, Wallace y sus predecesores, y a pesar de la encarniza-

¹ Puede ver el video completo en el siguiente enlace: https://www.youtube.com/watch?v=JceyX_vRnNs

da oposición de la opinión contemporánea. Pero todavía espera a la megalomanía humana una tercera y más grave mortificación cuando la investigación psicológica moderna consiga totalmente su propósito de demostrar al yo que ni siquiera es dueño y señor de su propia casa, sino que se halla reducido a contentarse con escasas y fragmentarias informaciones sobre lo que sucede fuera de su conciencia en su vida psíquica. (1988 citado en Soler Gil, 2013, p. 27)

Para esta visión “humanista”, el hombre no solo no es libre, sino que en realidad se trata únicamente de un mamífero más evolucionado, y debe ser tratado como tal. No tiene por qué otorgársele un lugar especial dentro de la naturaleza, si acaso su única peculiaridad es ser predador de la misma, y como tal debe ser controlado. Su vida no vale más que la de un chimpancé o un perro. De esta forma, como ejemplo de los extremos a los que conduce el planteamiento “humanista”, Peter Singer afirmó: “La vida de un recién nacido no tiene menos valor que la de un cerdo, un perro o un chimpancé” (2009, p. 174). En el fondo es coherente con la visión del hombre reducido a un mamífero más desarrollado. De hecho, el mismo autor es adalid de extender los derechos a los demás mamíferos; no tendrían, en efecto, por qué ser prerrogativa exclusiva de los hombres. Ahora bien, esta visión ecológica y sugestivamente atractiva, con visos de moralidad y civilización, termina por ofrecer la visión más pesimista posible de la vida humana:

Si contempláramos nuestra vida objetivamente veríamos que no es algo que debamos infligir a otros. Entonces, ¿por qué no convertirnos voluntariamente en la última generación sobre la Tierra? Si nos pusiéramos de acuerdo todos para esterilizarnos, no serían precisos sacrificios. ¿Podríamos estar de fiesta hasta la extinción! No estaríamos violando los derechos de nadie, pues las generaciones venideras aún no existen. En todo caso, estaríamos haciéndoles un favor. (Soler Gil, 2013, p. 316)

Richard Dawkins, por su parte, dejó claro que “el concepto de ‘humanidad’ no tiene ningún peso moral, precisamente por nuestra continuidad evolutiva con otras especies” (Scott & Wicker, 2011, p. 178). Por eso mismo, no existe al fin y al cabo ningún problema para la eugenesia, o la cría y selección de seres humanos según determinados criterios de “calidad”, tal como afirmó el mismo Dawkins en un texto titulado “From the Afterward” para el diario escocés *Sunday Herald*: “Si puedes procrear ganado para que dé más leche, o caballos más veloces, o perros capaces de conducir rebaños, ¿por qué diantres tendría que ser imposible procrear humanos que posean mejores aptitudes matemáticas, musicales o atléticas?” (2006 citado en Scott & Wicker, 2011, p. 188).

No significa que estos autores “humanistas” carezcan de principios éticos. Es solo que en determinadas ocasiones muestran con particular lucidez las consecuencias últimas de sus planteamientos en apariencia inocuos o benéficos para la humanidad. Muy rara vez conducen su argumentación hasta el final, dejando ver su crudo rostro detrás de la máscara altruista.

No es patente, sin embargo, la envergadura de su planteamiento más que ocasionalmente, pues ordinariamente no desarrollan las consecuencias de su argumentación moral hasta sus últimos límites. Para la vida cotidiana promueven principios morales que les granjean la acogida y benevolencia de la opinión pública. Sin embargo, tales principios éticos no son suyos; los llaman, por ejemplo, “decencias” y responden a la “cosmovisión ética generalizada”. Tales “decencias” no son sino un inconfesado *collage* de utilitarismo y valores cristianos desvinculados de su raíz, acomodados a los valores morales popularizados por la opinión pública.

El problema de dicha postura moral no es solo que se trate de un “plagio”, pues muestra su auténtico rostro al no encontrar inconveniente en la clonación de hombres, los vientres de alquiler, el aborto o la eutanasia. Así lo señala expresamente el *Manifiesto humanista 2000*, en su número 8 (Academia Internacional de Humanismo, 1999); no sin haber acogido antes —sin mencionar su fuente, claro está— el principio ético común a todos los credos y difundido fundamentalmente por el cristianismo, conocido como *la regla de oro*: “no hacer a los demás lo que no quieras que te hagan a ti”. Obviamente no se preocupa de explicar cómo son coherentes ambas cosas. Es decir, se trata de una moral vendida a la moda.

Estas consecuencias de los planteamientos humanistas seculares nos muestran la verdad de lo que afirmó el Concilio Vaticano II:

La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida. (*Gaudium et spes*, n. 36)

No se trata solo de una verdad reconocida por un texto confesional, religioso y por tanto parcial o sesgado, pues incluso autores neomarxistas como Max Horkheimer y Theodor Adorno han afirmado que

(...) contra la libertad de asesinar no existe a fin de cuentas más que un argumento de carácter religioso. ¿Por qué religioso? Porque la imposibilidad de matar a un hombre no es física: es una imposibilidad moral que nace al descubrir un cierto carácter de absoluto en el sujeto finito, la imagen de lo incondicionado, un resplandor que no es suyo. (Ayllón, 1998, pp. 74-75)

El “humanismo naturalista” nos muestra entonces su auténtico rostro inhumano, evidenciando que se trata de una contradicción terminológica y un abusivo plagio. En efecto, el humanismo original se caracteriza, precisamente, por afirmar que el hombre es naturaleza, pero no solo naturaleza. Es más que naturaleza, y por ello ocupa un lugar central en el mundo, de ahí el nombre de “humanismo”.

5. El humanismo original

El humanismo original renacentista está abierto a la espiritualidad, a la trascendencia y a una visión profundamente cristiana de la vida. Su más destacado representante, Erasmo de Róterdam (1466-1536), al mismo tiempo que recordaba la importancia de los “studia humanitatis” (estudios de humanidades), escribió el *Manual del Caballero Cristiano* (*Enchiridion Militis Christiani*); en su mente no hubo contraposición sino complementariedad entre humanismo y cristianismo. Otro egregio representante del humanismo original es santo Tomás Moro, lord canciller de Inglaterra y mártir, testigo de la dignidad de la conciencia frente a la prepotencia del poder absoluto, representa tanto el carácter único y el valor de lo específicamente humano, encarnado en la conciencia, como la fidelidad a la propia identidad cristiana.

Como señaló Alister McGrath, “en el Renacimiento, un humanista era alguien que valoraba las humanidades y reconocía el potencial transformador de las mismas tanto para los individuos como para la cultura en general” (2015, p. 173). Sobra decir que en tal época histórica se da por descontado que el humanismo es cristiano, y no solo “por casualidad”; de hecho no podría haber germinado en otro

contexto cultural, pues solo en la cristiandad existían las condiciones necesarias para otorgarle al hombre su valor especial dentro del cosmos.

El humanismo naturalista es también un reduccionismo, pues supone otorgarle un protagonismo, que raya en exclusivismo, a un tipo particular de conocimiento: el científico técnico, dejando en la penumbra, relegándolo, e incluso negándole el valor de auténtico saber precisamente a las humanidades. Así, termina por ser un humanismo que reniega de las humanidades y relega al hombre a nivel de primate. Es preciso recordarlo, somos primates, pero no solo primates; el humanismo secularista nos niega ese “plus”, mientras el auténtico lo exige.

En conclusión, si no queremos naufragar en un horizonte meramente materialista, que eufemísticamente se llama a sí mismo “naturalista” y/o “humanista”, debemos recuperar las humanidades y rescatar el concepto de humanismo, de forma que esté abierto a la dimensión espiritual; “humanista” precisamente porque permite colocar al hombre en un lugar especial del universo, el puesto que le corresponde, consecuencia de su espiritualidad y, en último término, de su semejanza divina. Esta sería la condición necesaria, la premisa básica de cualquier esperanza posible.

Esto fue bien visto por Dostoievski, quien no dudó en afirmar: “Declaro que el amor a la humanidad es una cosa completamente inconcebible, incomprensible, e incluso imposible sin la fe en la inmortalidad del alma humana” (De Lubac, 2008, p. 261). Fe en la inmortalidad que exige una apertura a la dimensión espiritual de la realidad y rechaza la visión exclusiva y reductivamente material del hombre. Abrir la puerta a lo espiritual supone abrirla a su fuente, esto es, a Dios.

Existe, entonces, una convergencia lógica entre el planteamiento cristiano abierto a la espiritualidad y el humanismo esperanzado. Contrariamente a lo que defienden los humanismos secularistas, la relación entre Dios y el hombre no empobrece a este último, sino que lo eleva: “(...) nuestro humanismo se hace cristianismo, y nuestro cristianismo se hace teocéntrico; tanto es así que podemos decir: para conocer a Dios es preciso conocer al hombre” (Pablo VI, 1965, párr. 17; la traducción es nuestra). Solo Dios es capaz de satisfacer los anhelos más profundos del hombre, su hambre de eternidad y de infinito, las cuales cuajan plásticamente en creaciones auténticamente humanistas. La ausencia de Dios termina por empobrecer el arte, así como sus más elevadas cumbres han tenido una inspiración religiosa. Un sencillo recorrido histórico nos lo deja ver: Románico, gótico, renacimiento y barroco; Dante, Cervantes, Shakespeare; Leonardo, Rafael, Miguel Ángel, Bernini; Bach, Mozart, Beethoven, y un largo etcétera.

Por el contrario, el universo materialista o, si se prefiere, naturalista, está cerrado a la esperanza: solo seríamos materia convenientemente organizada por un espacio brevísimo de tiempo, que tiende irremisiblemente a la desorganización. En ese marco no existe espacio para una auténtica esperanza, solo caben sus pobres y a menudo utópicos, cuando no distópicos sucedáneos. Con frecuencia el arte, espejo al fin y al cabo del espíritu humano, termina por reflejar esta visión pesimista y desesperanzada en un alarde de realismo.

6. Sucédáneos de la esperanza

¿Cuáles son los sucedáneos materialistas de la esperanza? Es interesante hacer un breve elenco, también para observar cómo están en boga. El hombre no puede vivir en la desesperación, necesita distraer la atención con sustitutos de la auténtica esperanza.

Un primer sucedáneo en realidad no es nuevo; es el de siempre, pero remozado con visos de plausibilidad: se trata de la promesa de inmortalidad. El hombre siempre la ha buscado, el mito de la “fuente de la eterna juventud” es inmemorial y, por ejemplo, impulsó a muchos conquistadores a



lanzarse a la exploración del inmenso continente americano. La diferencia es que ahora parece factible, por lo menos para algunos, e incluso los más avezados adelantan una fecha (2045) como año en el que se verificará el “cambio de paradigma”. En efecto, el proyecto *Singularity* supone una nueva confianza en la capacidad prácticamente ilimitada del hombre a través de la tecnología.

Ligado al tema de la inmortalidad está el “transhumanismo”, proyecto científico e ideológico a la vez, que propugna tomar las riendas de la evolución humana. Transformar al hombre de forma que vean la luz auténticos “post-humanos”, una humanidad mejorada o diferente, que represente el triunfo y el control total del hombre sobre su naturaleza, de forma que incluso deje de ser hombre para ser post-hombre. El camino para coronar tan ambiciosa meta exige, por un lado, manipular evolutivamente a la humanidad a través de la ingeniería genética, y mejorarla también por medio de la biónica o proyecto *ciborg*. De esta forma, podemos suplantar los distintos órganos y miembros humanos por otros hechos sintéticamente: brazos, piernas, ojos, corazón, estómago y, en sus versiones más radicales, cerebro.

Parecen ensoñaciones más propias de una película de ciencia ficción, pero hay mucha gente que cree en estas utopías y bastantes capitales invertidos en esa dirección. Los métodos son diversos, desde conseguir clones de nosotros mismos para que nos repongan los órganos, a fabricar los órganos sintéticamente, llegando incluso a sugerir que se podrían suplantar neuronas sirviéndonos de la nanotecnología o, incluso, conseguir la así llamada “Transmisión mental” de forma que podamos “colgar en la red” nuestra conciencia para siempre. Las ficciones que en ámbito cinematográfico siguen este esquema son muchas, aquí unos ejemplos:

- *El sexto día* (2000), de Roger Spottiswoode
- *La Isla* (2005), de Michael Bay
- *La decisión de Anne* (2009), de Nick Cassavetes
- *Nunca me abandones* (2010), de Mark Romanek
- *Her* (2013), de Spike Jonze
- *Lucy* (2014), de Luc Besson
- *Transcendence* (2014), de Wally Pfister
- *Chappie* (2014), de Neil Blomkamp
- *Ex Machina* (2015), de Alex Garland²

En cualquier caso, parece que para quienes cultivan, por lo menos en forma más radical, estas expectativas, la ciencia se transforma en religión: creen en la ciencia y hacen un acto de fe en las virtualidades de los futuros desarrollos científicos y tecnológicos. Como diría la *Epístola a los Hebreos*: “La fe es la certeza de las cosas que se esperan; y prueba de las que no se ven” (11, 1), en este caso, tienen una certeza absoluta en que se verificarán los prometidos desarrollos científicos. Se trata entonces, más que de ciencia propiamente dicha, de una patología de la ciencia que no obedece a una actitud auténticamente científica, sino a una ideología camuflada con ropaje científico, la cual peca de optimismo. Se cumplen en ella a la letra, las palabras que el próximo santo Pablo VI pronunció al clausurar el Concilio Vaticano II: “La religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión (pues religión es) del hombre que se ha hecho Dios” (1965, párr. 9).

Tal actitud no es científica precisamente porque lo propio del científico es tener conciencia de los propios límites, así como de la provisionalidad de su saber. En lenguaje coloquial se diría que la visión científica sabe que no agota toda la realidad y está constitutivamente abierta a nuevos desarrollos; nunca piensa haber dicho la última palabra, es una “búsqueda sin término”. No piensa que puede construir la

² Las últimas cinco películas de la lista fueron tomadas en cuenta a partir de lo dicho por Markus Gabriel (2016, p. 31).

utopía en este mundo, ni se entiende a sí misma como un saber de salvación, ni como la única forma auténtica de conocimiento.

En cualquier caso, para no pecar de pesimista respecto de las futuras capacidades científicas del hombre, cabe decir que, desde la fe, nuestra esperanza no estriba en la inmortalidad sino en Dios, y que quizá la inmortalidad según la entienden estos autores, no sería una bendición sino una auténtica maldición. Así lo ha visto Borges en su cuento “El inmortal” o Tolkien en su mitología, en la cual la muerte es un misterioso don de los dioses al hombre. En efecto, la vida tal y como la conocemos, no sería deseable indefinidamente, produciría hastío:

¿De verdad queremos esto: vivir eternamente? Tal vez muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la vida eterna no les parece algo deseable. En modo alguno quieren la vida eterna, sino la presente y, para esto, la fe en la vida eterna les parece más bien un obstáculo. Seguir viviendo para siempre —sin fin— parece más una condena que un don. Ciertamente, se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, solo sería a fin de cuentas aburrido y al final insostenible. (Benedicto XVI, 2007, n. 10)

El objeto de la esperanza cristiana es Dios, no la inmortalidad. No se debe confundir esta última con la eternidad, pues más que una duración indefinida, hace referencia a la perfección en la forma de poseer el ser. En efecto, Boecio la definía como “perfecta y simultánea posesión de la vida sin fin”, es decir, una plenitud vital que va mucho más allá de la duración indefinida. Obviamente, esta perspectiva es teológica y, por tanto, va más allá del humanismo, aunque es perfectamente coherente con él y con la matriz en la que se engendró.

Por el contrario, un universo ateo, materialista o naturalista viene a ser, necesariamente, un panorama plano, un mundo sin esperanza por definición, precisamente porque no hay nada más. Su pretensión de realismo es trágica, y por ello mismo, desesperada. El más lúcido y consistente pensador ateo, Nietzsche, se dio cuenta de ello y postuló para hacerle frente “el eterno retorno de lo igual”. El vértigo del absurdo es demasiado fuerte, la presión de tener que “crear sentido” donde no lo hay ni lo puede haber.

Es posible identificar algunas señales de una sociedad que ha perdido la esperanza o la ha reducido exclusivamente a la vida presente y, por lo tanto, el sentido de la vida sería solo la capacidad del goce sensible inmediato. Dos son particularmente claras, contundentes e inquietantes: la legalización de la eutanasia y la caída de la natalidad; ambas revelan de forma incontrovertible, que el horizonte de una sociedad y una cultura se ha clausurado a la trascendencia. En el fondo revelan una vuelta al paganismo más puro, que puede afirmar, según reza una antigua inscripción clásica incluida en el *Corpus Inscriptionum Latinarum*: “In nihil ab nihilo quam cito recidimus” (“En la nada, de la nada, ¡qué pronto recaemos!”) (Benedicto XVI, 2007, n. 2).

7. Recuperar la esperanza

Superar este impasse señalado anteriormente requiere que las humanidades tengan un lugar conveniente en el plan de estudios y se redescubra su papel en los espacios de recreación. Frente a las nuevas adicciones —pantalla pequeña: *Tablet, smarphone*—, es preciso fomentar aficiones humanísticas: lectura, teatro, música, danza, pintura, artes plásticas. Recuperar los espacios de ocio. De esta forma, por la vía de la vida más que teóricamente, los jóvenes tendrán experiencia de que no son solo materia y de



que hay algo más a lo que pueden aspirar y que las realidades materiales nunca terminarán de satisfacer sus ansias de infinito y trascendencia.

Superar este horizonte cerrado supone también subrayar que el fenómeno religioso es profundamente humano, de forma que ningún auténtico humanismo puede excluirlo arbitrariamente. Si lo hace, además, pone en evidencia su carácter postulatorio, es decir, ideológico, pues no es nunca una conclusión exclusivamente racional, no se puede demostrar. Históricamente todas las culturas han dado espacio a la religiosidad, que viene a ser la condición de la esperanza; el hombre religioso ha abierto por definición un espacio a la esperanza; la religiosidad responde a la conciencia de que no todo se agota en la dimensión material y, por lo tanto, es condición necesaria para que pueda brotar la auténtica esperanza y no sea sustituida por alguna de sus falsificaciones. Lo afirmó con nitidez el Concilio Vaticano II en la Constitución Apostólica *Gaudium et spes*: “En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...) Cristo nuestro Señor (...) manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (1965, n. 22).

En consecuencia, el dilema entre Dios y el hombre es falso. No debo elegir Dios o el hombre, por el contrario, puedo afirmar: Dios y el hombre; más que una disyuntiva se trata de una conjunción. En la medida que ambos confluyen queda un espacio para la esperanza humana. Lo vio muy claramente Benedicto XVI en su Carta Encíclica *Spe Salvi*: “El hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza” (2007, n. 23). Quizá la diferencia más aguda estriba allí, en distinguir la multiplicidad de pequeñas esperanzas que nos mantienen de pie cada día y nos animan a seguir caminando, respecto de la gran Esperanza, con mayúscula, que da sentido a todas las demás. Sin ella, las pequeñas esperanzas tarde o temprano se muestran estrechas, pequeñas, carentes de sentido, o sencillamente se agotan; las primeras son comunes a todos los hombres, la segunda solo la tienen aquellos que no han excluido de su horizonte vital la trascendencia. “Quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida” (n. 27). Esa esperanza mayúscula tiene, es verdad, una matriz teológica y personalista. En este sentido las humanidades serían una propedéutica que permite descubrirla, pero el hombre no es una abstracción, no le bastan las ideas, aunque son necesarias, requiere la experiencia vital para conquistar la plenitud. “No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor” (n. 26).

Por último, conviene agregar esta recomendación de un santo contemporáneo, en orden a configurar una mente abierta a la integridad y riqueza de toda dimensión auténticamente humana, incluida la espiritual; requisito para fomentar la esperanza y cultivar el auténtico humanismo:

Para ti, que desees formarte una mentalidad católica, universal, transcribo algunas características:

—amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica;

—afán recto y sano —nunca frivolidad— de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...;

—una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos;

—y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida. (Escrivá de Balaguer, s. f., n. 428)

Referencias

- Academia Internacional de Humanismo. (1999). Manifiesto Humanista 2000. *Filosofia.org*. Recuperado de <http://www.filosofia.org/cod/c1999hum.htm>
- Ayllón, J. R. (1998). *Desfile de modelos*. Madrid, España: Rialp.
- Benedicto XVI. (2007). Carta Encíclica *Spe Salvi* del Sumo Pontífice Benedicto XVI a los obispos a los presbíteros y diáconos a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre la esperanza cristiana. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html
- Concilio Vaticano II. (1965). Constitución Apostólica *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual. *La Santa Sede*. Recuperado de http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html
- De Lubac, H. (2008). *El drama del humanismo ateo*. Madrid, España: Encuentro.
- Escrivá de Balaguer, J. (s. f.). Surco. *Josemaría Escrivá. Página de las obras del fundador del Opus Dei (1902-1975)*. Recuperado de <http://www.escrivaobras.org/book/surco-punto-428.htm>
- Gabriel, M. (2016). *Yo no soy mi cerebro*. Barcelona, España: Pasado y Presente.
- Hahn, S. & B. Wiker. (2011). *Dawkins en observación. Una crítica al nuevo ateísmo*. Madrid, España: Rialp.
- McGrath, A. (2015). *La ciencia desde la fe. Los conocimientos científicos no cuestionan la existencia de Dios*. Barcelona, España: Espasa.
- Pablo VI. (1965). Discurso de Clausura del Concilio Vaticano II, 7-XII-1965. *La Santa Sede*. Recuperado de https://w2.vatican.va/content/paul-vi/it/speeches/1965/documents/hf_p-vi_spe_19651207_epilogo-concilio.html
- Singer, P. (2009). *Ética práctica*. Madrid, España: Akal.
- Soler Gil, F. J. (2013). *Mitología materialista de la ciencia*. Madrid, España: Encuentro.